



Inscripción para España
Paquete de 30 ejemplares:
210 pesetas
Trimestre 1.º 60
Número suelto
10 céntimos

REDENCION

Órgano del Sindicato Único de Trabajadores de Alcoy y portavoz de la Confederación Nacional del Trabajo

Redención y Redención
SAN VICENTE, 14
No se devuelven los originales
De... firmados serán responsables sus autores

¡LA PAZ DE VARSOVIA!

A diario nos sirve la prensa, con esa frialdad espantosa que anonada los sentidos, que crispa los nervios de rabia y coraje mal contenidos, la noticia de haber sido asesinado un obrero.

La información, estolca, cuando no dice intencionadamente cuanto de engañoso pueda desconcertarnos, se limita a decir simplemente que «fué muerto un obrero a tiros sin que se pudiera dar captura a los agresores».

Pero nosotros sabemos muy bien a qué atenemos. Sabemos que es la lucha, mejor dicho, la caza, canibal, salvaje, bestial, a que lanzáronse monstruosos engendros de lupanar, ha muy cerca de dos años, por mandato de algunos dirigentes de pueblos ahitos de alcohol y vesánica crueldad, borrachos de odio, delirantes ambiciosos de condecoraciones y diplomas de similor...

Sabemos que es la horrorosa matanza continuada, iniciada por orden de mandarinés analfabetos y ruines, que a falta de méritos propios en sus mentalidades enfermas y degeneradas, pretenden, chapoteando en el inmundado lodazal de su ruindad, adquirir ostentaciones polícromas y aparentes que una sociedad vil, con sus prédicas interesadas y asesinas, otorga a los que por su brutalidad consiguen infundir espanto entre los que, amantes de una era de amor y dulzura, esparcen su ideal vivificador, turbando el sueño del ogro, perásito todo estómago...

Sabemos que es la obra de los que, amparados por esos hierros de muerte llamados bayonetas, cañón... disponen a su capricho y antojo de la vida de los hombres cuya mentalidad está por encima de la pestilencia actual...

Es la lucha demente a que se han entregado los que no tienen otras cualidades más nobles para conquistarse títulos y grandezas que reclama su avidez insaciable. Es el «amao los unos a los otros» practicado por un régimen que se aplasta, y en sus últimos estertores agónicos determina como horrible execración de su impotencia una lucha feróz de castas y de clases, negadora del progreso, ciencia, cultura y demás filias con que aparatosamente oculta su despotismo.

Y esa lucha horrible y cruel desencadenada por mediación de microcéfalos e idiotas representativos, poseídos de insólito afán de lucro y ostentaciones superfluas y huera que les atrae con su espejuelo al crimen y la infamia, sigue su curso ¡ay! amparada por la anestesia denigrante de la clase obrera que nada parece interesarle, que nada parece importarle la vida de sus mejores y más buenos hermanos.

¿Somos irracionales?

Pero lo que verdaderamente rebela el ánimo del más impasible, del más ábyecto y despreocupado, es esa pléyade estúpida de escritorzuelos prostituidos e indignos, que de forma tan encanallada y engañosa procuran ocultar la

verdad dando a sus informaciones un cariz hipócrita y tendencioso que les relaja al último término de la depravación.

Según la prensa y los gobernantes, no ocurre nada; en todo el país reina absoluta tranquilidad. ¡La paz! Se ve, —al decir de los malvados dirigentes de esta *rasía* criminal— a pasos agigantados, a la extinción total del terrorismo. ¡La paz! ¡La paz de Varsovia!!

Signa la furia salvaje sembrando el luto y la desolación; no por eso conseguirán matar lo inextinguible. Sigán, las hordas de feroces sanguinarios, en su obra destructora y macabra. A la hora presente, marcada de un detestable barbarismo medioeval, sucederá otra más justa, y entonces...

¡Que arrieten de firme!

¡La hora de la liquidación se acerca! Entonces nos tocará a nosotros... ¡y a fé que seremos implacables!
¡¡Nos vengaremos!!

LA CRISIS DE TRABAJO

ASAMBLEA IMPONENTE

La honda desesperación denigrante, que germinando inexorable, ha tiempo que turbó la paz de vida y actividad creadoras de este pueblo sobradamente sufrido, debía, por fuerza, rebasar el cauce soporífero y abúlico de nuestra pasividad.

El malestar inaguantable, motivado por la soez egolatría de capitalistas vesánicos, por la avaricia demente y el insólito afán de lucro de los aprovechados en el banditaje mercantil del pasado crimen guerrero, debía tener sus límites, que son aquellos en que el hombre se ve ya empujado por la crueldad humana al precipicio que irremisiblemente representa su ruina y su miseria, su pauperismo horrendo que es la muerte más cruenta.

Es entonces, cuando el paroxismo de sus sufrimientos desata su pasividad y rompe con su norma de comportamiento. Es el apogeo irresistible de sus dolores que le exaspera, y se manifiesta en franca protesta, increpando exigente a los que si no culpables directos del hambre que le corroe, son partícipes, son los que ahitos de ganancias cierran insensibles sus fábricas, negando su único medio de vida, que es como lanzarle funesto dogal que acabe con su existencia lenta y amargamente.

Por eso a la Asamblea del pasado domingo celebrada en el Teatro Circo, acudió imponente número de obreros ansiosos de exponer su enérgica disconformidad a su situación agónica. Dicho local, rebosante de proletarios, daba la sensación de lo que puede un pueblo cuando impetuosamente se decide proclamando su indiscutible derecho a la vida.

Innumerables fueron los conceptos, que de forma viril y enérgica, expusieron, repletos de lógica evidente, que fueron la condenación más patente y aplastante del egoísmo asesino de los potentados, y el vergonzoso servillismo de autoridades que contemplan impasibles la angustia que anonada y perturba, impasibilidad que no han observado ciertamente cuando el elemento productor ha pedido mejoras en épocas de mucho trabajo.

Un detenido y razonado estudio, hecho en términos vibrantes por varios compañeros sobre el origen de las crisis de trabajo, marcó una orientación serena y contundente, que dió una conclusión firme y unánimemente reconocida, digna y plausible: EXIGIR DE LA FEDERACIÓN PATRONAL SEIS DÍAS SEMANALES DE TRABAJO O SALARIO, para cuya contestación, otorgar seis días de tiempo.

Hondamente emocionados por la impresión delirante que de tan majestuosos acto recibimos, hemos de manifestar nuestra satisfacción a cuantos en él expusieron conceptos altamente humanos, que hicieron de dicha asamblea un gesto sublime de dignificación proletaria, que demostrará a los no topos y ciegos, a los que miran de frente las realidades y las experimentan con la luz acrisolada de la imparcialidad, que no somos ya rebano cvejuno a los que se engaña y mata fácilmente. Somos hombres, y como a tales sabremos conquistarse nuestros sagrados derechos.

“Gritos Rojos”

Una aurora nueva, promesa del mañana feliz acariciada durante siglos, ilumina el mundo con fulgores rojos.

Por fin, después de tantas dudas y de tantos titubeos, se entabla la lucha despiadada, sin cuartel entre la verdad y el absurdo, entre el derecho y la injusticia, entre la justicia y el crimen, entre un mundo que agoniza decrepito y podrido y un mundo nuevo, vigoroso y radiante que asoma entre resplandores de incendio...

Los esclavos, que durante siglos soportaron resignadamente las cadenas, intentan ahora destrozarias.

Las víctimas afirman, produciendo trepidaciones ensordecedoras, su derecho a vivir una vida nueva dignificada y libre, y su firme voluntad de acabar con la era de los verdugos, haciendo morder el polvo a sus infames sostenedores.

Y emprenden una rápida carrera ascensional al mundo bello y feliz que ellos soñaron tantas veces, reputándolo

imposible, mientras creían, unidos al infamante potro del martirio, que vivir encadenados era su triste destino...

Eran cosas que yacían aplastadas y deshechos en los abismos tenebrosos de la esclavitud, y al mágico conjuro de múltiples y complejas circunstancias, se han trocado en «hombres» que forcejean para trepar a las elevadas cimas de la libertad.

Se lucha abiertamente contra todas las servidumbres que sirven de base al régimen capitalista.

Se trabaja con indómitos ardores contra la organización del privilegio. Se minan precipitadamente los cimientos del Estado, como si los pueblos hubieran comprendido al fin, al mágico conjuro el crimen espantoso, que es la consagración histórica del privilegio y la razón de todas las opresiones.

A través de las densas brumas del presente, se atisban los esplendores radiantes del porvenir.

Jamás se dijo con más razón que ahora: el mundo marcha con carrera vertiginosa.

ZAITIGUI.

Alcoy-Mayo-921.

De reja a reja

A Amelia Torres

Oh, alma humana, ¿cuántas veces, cual nosotros en el mal día de la muerte, víctima de ese Thanos tan aterrorizante, cuyo llanto es la vida de remora!

Sea tu ojo; calma tus dolores y acoge, complacida, en tus brazos la ofrenda que los presos, los hermanos, te dedican con raras y ocas flores.

Oh Amelia, compañera de desgracia, que cubres lo indolente entre esos muros presos, el alma y corazón trémulo!

Con perfumes de flores y sonrisas que son alientos nuestros, los más puros, te saludan los hijos de la cruz.

JOSÉ SANCHES.

Prisión celular de Valencia-mayo-21.

La ley de la compensación

Al morir fué Catalina compensada en su dolor; murió su vista divina puesta en una bella flor.

Juan vagabundo murió sin exhalar un lamento; por doael, el firmamento su grandeza le rindió.

En los momentos fatales que el banquero agonizaba, su vista no se apartaba de su caja de caudales.

ROMÁN CORTÉS

Prisión celular de Valencia 1921.

Círculo de hierro

Dentro de las condiciones de la sociedad moderna, la producción bajo todas sus formas está dirigida, no para subvenir a las necesidades de los productores, sino únicamente para crear riqueza para el patrono capitalista.

RUSSELL WALLACE.

El fenómeno (?) tiene tres mil pares de bemoles bugueses. Huelga forzosamente el obrero, porque al decir de los patronos, sus almacenes están llenos de productos a los que no se encuentra comprador. En épocas de crisis como la presente—y digamos de paso que para el obrero todo el año es crisis,—el obrero, en demanda de trabajo, oye continuamente la misma cantinela...

¿No se vende! ¿Quién ha de comprar este sobrante de mercancías que impide u obstaculiza el trabajo productor? El consumidor, se dirá. El consumidor ¿no es, acaso no lo forma en su mayor parte el obrero? Y si el obrero está parado, si el obrero no gana, si con el exiguu jornal percibido durante el tiempo que ha trabajado no ha podido consumir todo lo que ha producido ¿cómo podrá ahora consumir el sobrante? Si este actual sobrante no puede agotarlo el obrero estando en huelga forzosa — y queda descartado el consumo a crédito, que es obstáculo para el consumo de mañana,—¿quién lo consumirá?

Demos por supuesto, a fin de facilitar una respuesta al que quisiera objetarnos, que el patrono, el propietario, el obrero no manual, el burgués, consuman las mercancías ahora sobrantes, incluso las fabricadas para el consumo del obrero manual; suponíamos que es el capital quien consuma más o menos lentamente estas existencias sobrantes; e interin, ¿qué hará el obrero, morirse de hambre?

¿Qué diremos de esta organización capitalista del trabajo que remunera al trabajo tan insuficientemente, tan parcamente, que no tan sólo le obliga, mientras hace producir, a comer poco y vestir mal, es decir, a consumir poco, sino que le condena a morir de hambre cuando precisamente por este poco consumo ha producido, según pretenden, demasiado?

¿Acaso esta producción sobrante no significa, no quiere decir forzosamente que se le ha dejado de abonar en jornales, en salarios, el valor de los productos ahora sobrantes? Si los salarios hubiesen sido más elevados, ¿no habría consumido más el obrero?

¡Oh! se me objetará; si los salarios hubiesen estado más elevados, también más elevado habría sido el precio de los productos en venta, y el resultado habría sido el mismo...

Cierto: daao el modo de ser de la organización capitalista del trabajo hubiera sido así; pero tanto en aquel como en este caso, el hecho resultante significa que el valor que en el mercado tienen los productos en venta no guarda ninguna proporción equitativa con el valor que suman los salarios, es decir, con el esfuerzo que los produjo y que cuesta la primera materia; que el valor de los productos en venta es menor que el momento que necesitan al avance del esfuerzo productor de la mayoría de productores. De todos modos, significa que al obrero pro-

ductor se le paga dos lo que luego se vende al obrero-consumidor en seis... y me quedo corto. ¿No hay aquí un robo?

Admitamos que esta desproporción, esta diferencia entre el valor al pagarlo al productor y al cobrarlo al consumidor, tenga que ser la ganancia reservada al capital. En este caso, ¿por qué, cuando se ha producido, como actualmente, demasiado, el capital puede ir consumiendo cómodamente el sobrante y el salario, o sea el trabajador, no? Si capital y salario, si capitalista y obrero se quiere que sean factores con el mismo derecho a producir ¿por qué en un momento determinado el trabajo se queda sin poder consumir y el capital no? ¿No habrá aquí un privilegio reservado al capital?

La crisis actual, se ha dicho y escrito, se debe a la falta de mercados en el extranjero, a la competencia que a nuestra producción hacen las demás naciones, al alza de las primeras materias, a las huelgas, etc.

Todos estos factores no explican la causa capital de la crisis; aparte de que todos sabemos cómo se producen ciertas alzas—la del carbón, ¿no ha sido hija del acaparamiento, según evidenció «Le Mañin»?—que las competencias entre fabricantes, como afirmó el gobierno, no se hacen sacrificando al capital sino al asalariado; que la competencia del extranjero, lo mismo que la pérdida de los mercados, no se debe a incapacidad, puesto que el capital es quien se reserva la dirección y división del trabajo—y la ejecución es solo cuestión de aprendizaje,— y que las huelgas de ningún modo pueden producir sobrantes.

El hecho principal es el siguiente: No se produce más porque no se consume, y no se consume porque no se produce. Hay exceso de productos. El obrero se muere de hambre. El capital, no. En este dilema, el único que realmente pierde es el obrero. Su vida es lo único que pelagra. ¿Dónde está, pues, garantizado el derecho a la vida, si quiera sea a la vida más parca en esta organización capitalista del trabajo?

Gracias a la maquinaria, la fuerza productora ha aumentado diez veces en quince o veinte años, es decir, que con menos brazos se produce aún diez veces más que antes. La población no ha ido en aumento tan aprisa como esta producción. La máquina ha permitido al capital realizar ganancias fabulosas con menos gasto de salarios, pero el obrero no ha beneficiado de esta mayor fuerza productora. La monopolización de la tierra ha despoblado los campos, arrojando a las calles de las ciudades millares de desocupados que han contribuido a la baja de los salarios. El progreso mecánico ha traído un aumento de pauperismo por un lado, de otro un acrecentamiento de capitales. ¿Por qué está?

Sencillamente, porque todo el progreso ha beneficiado únicamente al capital, dueño de todo: tierra, primeras

materias, maquinaria y brazos. Lo que en un tiempo fué creado para que sirviera de signo de cambio entre el productor y el consumidor, gradualmente se fué erigiendo en dueño de las riquezas y medios de producirlas. ¡Alámbemos la religión, la política y sobre todo la fuerza, que hicieran el escamoteo! Alámbemos... y murámonos de hambre los que no hemos podido o no hemos querido ser tan osados para convertirnos en azotes del género humano.

Yo someto los anteriores interrogantes a los economistas que andan buscando tres pies al gato queriendo explicarse las causas de las crisis económicas, prescindiendo precisamente de la única que las produce: el privilegio que tiene el capital, gracias al susodicho escamoteo, de librarse de todas las fatigas del trabajo muscular, de fijar el valor a los salarios y a los productos en venta, reservándose la parte del león, pagando uno, dos, tres o cuatro, es lo mismo, al productor, lo que luego venderá a cinco, diez, quince o veinte al consumidor, es decir, a la mayoría de los productores.

Todo el quid de la cuestión está en este privilegio, en este robo. Alámbruese, quíntase, rebúsquese, désele las vueltas que se quiera, no hay otro. Acháquense las crisis a lo que se quiera, siempre se va a parar a lo mismo: no hay más leyes económicas que la arbitrariedad y la avaricia capitalista. Los *truts* son un ejemplo. Devánese los sesos la mlopa de los economistas, por encima de sus divagaciones queda el hecho monstruoso condenatorio de la presente organización capitalista del trabajo: *no se produce más porque no se consume, y no se consume porque no se produce*. He aquí lo que nos ofrece la ciencia económica burguesa. Un círculo de hierro. Un pueblo que se muere de hambre.

Limar esta aspereza, redondear aquella angulosidad, suavizar la dureza de más allá... promesas de cándidos que todo lo fian a la caridad después de haber fabricado los pobres. La angulosidad, la aspereza y la dureza vuelven, si no persisten, a vueltas de todos los cataplasmas.

Vuelven, sí; vuelven siempre las crisis porque subsiste la persistencia de un producto que se ha erigido en dueño de todos los demás: el signo de cambio, el oro.

El oro, que es un producto como otro cualquiera, como el hierro; el oro, que sin el esfuerzo productor del minero y del ingeniero no habría salido de las profundidades de la tierra, se ha adueñado de las riquezas creadas por el esfuerzo humano.

¡Ah! El escamoteo viene de lejos. Arranca desde el día en que unos cuantos brutos se entregaron al bandillaje y valiéndose de la superioridad de sus puños principilaron a acapararlo. Los orígenes del capital están en el bandillaje primitivo. El primer despojo consumado, otros hombres se sucedieron que aliándose con los brutos sancionaron el despojo, a cambio de una parte en el botín, predicando muy religiosamente al pueblo la conformidad y la resignación ante aquel despojo a mano armada. Las instituciones y el sacerdote actuales son los descendientes directos de aquellos primitivos brutos. Puesto ya en marcha el carro del privilegio, la cosa fué marchando por sí sola. Todas las legislaciones creadas más tarde por otros pretendientes a la ociosidad no

han hecho más que consolidar aquel despojo. Y así vemos como hasta nuestros días, clero y legisladores son los más firmes defensores del bandido que andando el tiempo se transformó en señor capital.

Yo quisiera que me dijeran los defensores del capital—del capital, que es posterior al trabajo—por qué, en virtud de qué le conceden (si no es con la esperanza de ser algún día ellos los capitalistas) este privilegio sobre los demás productos. Yo quisiera que me dijeran los que afirman la necesidad del capital, que aseguran que sin él la producción no es posible, de qué se viste y nutre el hombre. No se viste ni se alimenta seguramente con oro; se viste y alimenta con productos que, aunque el oro, aunque el capital desapareciera de improviso de la tierra, no dejaría de producirlos el esfuerzo de los obreros.

Yo no he visto en ninguna parte que el oro, por sí solo, produzca los demás productos necesarios al hombre. En cambio, hay ejemplos de que el hombre, sin oro, sin capital, vive tan guapamente arrancando a la tierra lo que le hace falta para atender a sus necesidades.

Arrojad a una isla en condiciones de habitabilidad a un millar de hombres completamente desnudos, desprovistos de todo, y aislados del resto de la tierra. No temáis que perezcan. A vueltas de algún tiempo, riquezas habrán producido. Brazos e instinto e inteligencia tendrán para proveer a su subsistencia desde los primeros días. Para nada necesitarán al señor capital.

Haced el mismo experimento con todo el capital de la tierra y gradle una visita al cabo de cien años. Es muy posible que la acción del calor, de la lluvia, etc., lo hayan convertido en papilla para alimento de nuestros economistas a la vainilla.

Es el trabajo, únicamente el trabajo, quien crea las riquezas. ¿Por qué, pues, es el capital y no el trabajo el dueño de las riquezas? Sin la fuerza del charfote, monsieur Capital, tendría el valor de la nada. La pretendida necesidad del capital y el trabajo, aunados, para producir, ya vemos como sólo produce la miseria del trabajador, mientras el capital resiste perfectamente la crisis.

¡La imprescindibilidad del capital! Granuja quien tal sustente e imbécil quien tal cosa crea.

La presente crisis económica es la misma de siempre, la de todas las épocas, con mayor o menor grado agudo. Su causa está en el hecho de que toda la organización del trabajo gira alrededor de un falso eje: la propiedad privada, el monopolio de las riquezas, su acaparación, efectuada por una minoría. Todos los demás factores de las crisis o son derivados o auxiliares de este secular robo.

JOSÉ PRAT.

Sobre la dictadura

La tesis que se divulga, respecto a la cuestión de la dictadura del proletariado,—aunque de ello se diga que es solamente en principio como medio de transición—me parece demasiado peligrosa y funesta, y a más que funesta, perjudicial para una transformación profunda, que debe garantizar el bienestar

y la felicidad de todos, dentro de la libre agrupación, y de la vía federativa.

Soy de la opinión, que la revolución debe desenvolverse libremente, sin trabas ni obstáculos, que cohiban y paralicen la iniciativa individual, por parte de ningún poder central, que terminaría pronto por matar la espontaneidad y el espíritu revolucionario, precisamente porque este tiende a obrar en provecho propio, anulando para ello la autonomía individual y colectiva si es preciso. Táctica esta, que está en pugna con los principios de la revolución social, tal como nosotros, los anarquistas, la concebimos. Porque ella, no es obra a realizar, de ningún partido, sino de los explotados, de los oprimidos, que necesitan libertarse de todas las servidumbres y tiranías, y por tanto tiene que ser la acción de todos en conjunto para su verdadero triunfo.

Respecto a lo que se dice que es únicamente transitoria, he de objetar, que todo régimen de esclavitud, se ha manifestado bajo un carácter transitorio, y una vez puesto en práctica, se ha consolidado, y reconciliado, llegando por fin a eternizarse.

Digan lo que quieran los comunistas autoritarios, la dictadura no tiene razón de ser, ni lleva ningún fin práctico, por lo menos en lo que afecta a la li-

bertad, y a la clase trabajadora en general; para su completa emancipación. Únicamente puede ser útil para los que en nombre de un programa, desean apropiarse del poder, para aprovecharse de él, importándoles un camino el bienestar general.

Por eso nosotros, los anarquistas, somos del parecer que, para ver florecer la sociedad que anhelamos, hemos de obrar en período revolucionario, de forma que resulten impotentes todos los esfuerzos, de los que interesados en un fin particular, quieran arrastrar al pueblo, para precipitarlo y sumergirlo en un abismo.

Los que en nombre del comunismo divulgan la necesidad de una dictadura, no tienen de comunistas más que el adjetivo, porque el comunismo, no puede existir, es imposible que exista allí donde haya imposición, allí donde hayan gobiernos y gobernados.

Descartado el principio autoritario, nuestro deber es, si queremos ver a la humanidad regenerada, por los lazos fraternales de la solidaridad, y de un común acuerdo libre, consagrar todos nuestros esfuerzos, a que la revolución pueda garantizar a todos el pan y la libertad.

CIPRIANO BERTOMEU CREMADES.
Alicante 5 21.

trario, levantaban la mano cerrada con el dedo tendido, y entonces el desgraciado era degollado. Muertos y moribundos eran enseguida arrastrados con los garfios fuera de la arena ensangrentada y amontonados en el *spoliarum*, donde remataban los que aún respiraban y no era posible curar para entrar en nuevos combates.

Esta feroz diversión estuvo en uso durante más de seis siglos. Los romanos la establecieron en todos los países de su dominio, y aún hoy se encuentran vestigios de tamaña barbarie en las corridas de toros.

Los gladiadores no combatían solo en el circo: los festines, las exequias y las fiestas particulares tenían como complemento obligado estas escenas de carnicería, que hacían las delicias de todas las clases de la sociedad. Jamás pueblo alguno sintió tan horrible deleite en ver correr la sangre humana. La mayoría de los personajes notables mantenían a gran número de esclavos destinados a la muerte, y los profesores de esgrima, los *lanistas*, los ejercitaban en todas clases de combates para luego venderlos o alquilarlos.

El año 73 antes de nuestra era, doscientos de estos desgraciados, encerrados en una escuela de esta naturaleza, en Capua, en su mayoría galos, tracios y germanos, formaron un *complot* a fin de evadirse e ir a la conquista de su libertad armas en mano. La ocasión parecía favorable; los mejores generales de la república estaban ocupados fuera de Italia con sus legiones. Meteljo y Pompeyo combatían a Sertorio en España; Lúculo combatía a Metridates en Asia.

Descubierta la conjura por un traidor, lograron escaparse a la venganza de su amo unos setenta y ocho de los conjurados más resueltos, armándose, al huir, de cuchillos y machetes olvidados en las cocinas. Ya fuera de Capua se encontraron con varias carretas cargadas de armas de gladiadores; las cogieron, aumentaron su gente con algunas cuadrillas de fugitivos, y apoderándose, por fin, de un sitio bien fortificado situado sobre una montaña (conjetúrase que esta montaña era el Vesubio.)

Después de haber destruido algunas tropas enviadas contra ellos desde Capua, lo que les permitió equiparse militarmente, se organizaron con cierta regularidad. Sin duda que antes de entablar contra el poder romano una lucha insensata, este puñado de esclavos hubo de vacilar largo tiempo y examinar todas las posibilidades. Después de borrascosas deliberaciones en las rocas del Vesubio, frente al mar Tirreno, eligieron tres jefes: el primero de los cuales fué Espartaco, que debía dar su nombre a esta guerra y legar a las razas oprimidas un gran ejemplo y un heroico recuerdo. Tracto de nacionalidad, pero hijo de nómadas, reunía al ardor de su sangre africana, la fiebre de independencia y al alma bellosa de las razas bárbaras, el genio de un capitán y la suavidad de carácter desconocida en las costumbres de aquellos tiempos.

Había servido, durante algún tiempo, como auxiliar de las legiones romanas; pero, demasiado ágil para aceptar una servidumbre disfrazada con el nombre de alianza, había desertado a la cabeza del núcleo de sus valientes compañeros, siendo después capturado y vendido como esclavo. Su valor y su

fuerza habían hecho que le reservaran para gladiador. Su mujer, que lo había acompañado en sus expediciones, participaba de su esclavitud y su huida. Al igual que las valientes compañeras de los guerreros del Norte, ejercía la profesión de leer el porvenir, habiendo, según dicen, predicho su gran tragedia.

La historia nada más sabe respecto a su pasado. De toda su vida tan solo se conocen algunos de los hechos que lo han ilustrado. Un solo momento ha figurado en los anales humanos para enriquecer con su nombre la pléyade de héroes misteriosos que de tiempos en tiempos se levantan para protestar contra la injusticia y morir. Aislados de todo, sin antepasados ni posteridad, aparecen de repente en el primer término de la historia para sumirse al día siguiente en los suplicios y en los combates. No se les vislumbra más que un momento al reflejo del arma que han empuñado en pro de una causa que no verá triunfar, pero que les levantará allargos.

L. COMBES.

Continuad.

Notas discordantes

Quando más agudas y zozobrosas se presentan las situaciones para el explotado, mayor y más aislado es el núcleo de obreros desolados de su puesto que, desafiando todo aquello que por cobardía nunca se atrevieron a hacer, se convierten en notas discordantes ante el problema de la asociación. Sus amortiguadas miradas contemplan atónitos los tiempos pretéritos que, cual interés imantado, les retiene apesados bajo sus tentáculos para hacerlos caer en la negación y retroceso del progreso. La libertad les preocupa muy poco; toda su acción se reduce al pasatiempo distraído amalgamando en telarañas a los incautos para que les sostengan en el hueco pedestal en que se encuentran.

Los días pasan, las lecciones se suceden, y la historia nada enseña a esos pobres de espíritu; no ven, no quieren ver la tangible realidad de los hechos y, su modorra letárgica, les mantiene en un sueño eterno, el cual les induce, por exaltación nerviosa, a ensañar con los ídolos, a los que tanto deben, en los buenos que sostienen, como indispensable eje, la reconstrucción de lo que no existe.

A lo largo despiertan de sus pesados sueños y, para distraer el físico, ceban se en la propaganda ridícula, que como lección apropiada de memoria, cantan a coro a las inocentes jóvenes, y a los infames acordes del coro capillesco, poner en pugna a las mismas, hasta con sus propios intereses. Así venimos, y solo así se explica, el hecho repugnante de muchas obras pertenecientes a la industria papérea que, sin causa justificada se den de baja en el Sindicato Unico.

Sigan así los cantores del coro, desganiferse cantando hasta satisfacer sus puliones, pero no olviden que sus notas son discordantes y por lo tanto, carecen totalmente de la armonía que reclama imperativamente la situación. Nosotros, por lo que nos afecta e interesa, seguimos y oímos atentamente las principales voces del coro, las únicas responsables de lo que ocurre y apuntamos más arriba, y nos la-

ESPARTACO

Continuación.

La guerra eterna que Roma sostenía con todos los pueblos, tenía por resultado: de un lado, la multiplicación de los esclavos en Italia por los prisioneros de guerra; de otro, el agotamiento de la población indígena. La vieja raza itálica; raza de agricultores y de soldados, donde se reclutaron durante mucho tiempo las legiones, desaparecía lentamente consumida por la doble acción de una legislación voraz y de una lucha sin fin. Esta población hizo, sobre todo, asombrosos progresos, después de la destrucción de Cartago. Los patricios, los nobles y los caballeros, no solamente se habían usurpado las tierras del dominio público, sino que absorbían, por la hipoteca y la usura, las pequeñas heredades plebeyas; y como hallaban más lucrativo el sistema del viejo Catón, y cambiar en pastos la tierra de labranza, distribuían sobre sus inmensas propiedades (*latifundia*) pastores esclavos, que sustituían a los trabajadores libres; los cuales, quedaban así reducidos a la más abyecta miseria forzada a expatriarse. Se sabe cuantas existencias humanas costaba la ociosidad y comodidad de un noble ciudadano romano. Los hubo, que devoraban hasta veinte mil. La victoria no aportaba suficientes cautivos; había necesidad de comprarlos en todos los mercados del mundo. Estrabón cuenta, que en el mercado de Delos, en Cilia, se vendían a menudo, hasta diez mil esclavos en un solo día, para el servicio de los ciudadanos de ciudad-reina.

Nada más sagrado, que esta institución: todos cuantos osaron atentar contra ella perecieron. Los Gracos, particularmente, quisieron paralizar la despoblación de Italia; limitando las usurpaciones de los grandes propietarios, reconstituyendo la clase de cultivadores libres, por medio de distribuciones de tierras a los ciudadanos pobres

(lo que traía la disminución progresiva de los esclavos), y dando el derecho de ciudadanía a los italianos, etc. Pero la facción de los ricos, aplastó, en su principio estas grandes reformas, y los dos nobles tribunos fueron sucesivamente lamolados en holocausto al Dios Término, el fetiche etrusco, guardián de las heredades, emblema silencioso de la prosperidad patricia.

Ya nada impidió el torrente; y en la época que Espartaco intentó su revolución (73-71 antes de nuestra era), la agricultura en Italia estaba arruinada por veinte siglos, y la república romana componíase de un puñado de Sátrapas reinando sobre rebaños de esclavos.

Entre estos infortunados, los había que eran destinados a matarse entre sí en el circo, para solaz del pueblo romano. Estos gladiadores (de *gladius*, espada) combatían, ya unos contra otros, ya contra las fieras, porque los leones, las panteras y los tigres, protegidos por la ley romana en África y Asia, eran traídos a aquellas fiestas de muerte, y aquellos feroces actores del desierto, eran saludados con los gritos de entusiasmo de la muchedumbre delirante, cuando se destrozaban las víctimas humanas en la arena rociada con esencia de azafrán o con aguas de olor. En los juegos públicos no era raro contar hasta mil parejas de gladiadores. Sabido es que después del tiempo de Trajano sobre los Dacios, sucumbieron unos diez mil gladiadores en fiestas que duraron ciento veintidós días.

Cuando solo combatían unos contra otros, los reunían, a su entrada en el circo, de dos en dos, según su talla, su fuerza y su agilidad, y comenzaba el combate. Tan pronto como uno de los combatientes era herido y bajaba sus armas en señal de derrota, el vencedor interrogaba con la vista a los espectadores; si éstos determinaban perdonar al vencido, levantaban la mano con el pulgar doblado; en caso con-

mentamos; pero, eso sí, sabemos ciertamente que los tiempos, y con ellos las situaciones cambian, y cuando los que, llenos de buena voluntad, conocen el engaño de los cristos y a puntapiés les hechen del escenario, entonces nos darán pruebas de su experta conciencia que, sacudiéndose de los tentáculos, ansían la libertad que para todos deseamos; mientras esto no hagan, nos serán tan antipáticos unos como otros; la unificación tiende rápidamente a la transformación de lo estatuido; mientras la disgregación acentúa el conservadurismo y nos retrotae a la esclavitud. Si deseáis seguir siendo esclavos cantad, cantad mucho, pero repetídes, que vuestros cantos, se convierten en cantos funerarios que próximamente os acompañarán al lecho mortuario.

UN TEJEDOR.

IMPORTANTE

En el próximo número reproduciremos un hermoso trabajo titulado «Responsabilidad de los intelectuales en la Revolución Social», conferencia dada por Bernardo Merino.

A los intelectuales particularmente, recomendamos su lectura.

Así mismo, con interés vivísimo, deben leer los obreros amantes de su educación, el IX volumen de «Renovación Proletaria» de Enrique Malatesta, por ser de gran importancia. Su precio 40 céntimos. Corresponsal, Francisco Ivars.

¡Rosas!

Dedicadas a mi buen amigo y camarada "Petit Trotsky".

Ser verdaderamente grande, es no moverse sino por grandes cosas.

SHAKESPEARE.

Cuéstate mucho al hombre parecer malo ni aún a sus propios ojos; no se atreve, se hace hipócrita.

BALMES.

Las Rosas del jardín de mi vida, son Rosas de Dolor. ¡Aquellos Rosas Te, ultrajadas por la escaraba de la Noche gris!

Nada más bello en la vida que el Dolor; y su supremo goce, es admirarlo con éxtasis y replegarse en él.

Donde hay un ser humano, hay un miserable y un incomprendido. Muchos seres humanos juntos, son un montón de miseria y un montón de ignorados.

La mayor calamidad de los Pueblos es la Moral.

La guerra es una necesidad del instante. Loha Manón de nuestros abuelos prehistóricos, es el nombre de Patria, invocado fanáticamente por nuestros Dioses contemporáneos; ahora que, en aquellos había una verdad y en estos hay un crimen alevosamente premeditado.

Si queréis verle al hombre sus pequeñeces, decidle en bien suyo, lo que no es.

En las liturgias Deístas, ¿no oís el ritmo quejumbroso de la corriente de

un río? ¡De un río de sangre! ¿No oís el grito angustioso de seres inmolados? ¡La putrefacción de la Materia que asfixia a los fetiches? ¿No la sentís...?

¿Quién dice la Verdad? un pensador ha dicho: «el único triunfo del ser humano sobre la Tierra es la Verdad». ¡La Verdad de la Muerte!; lo demás son verdades relativas que nacen de una necesidad—«la necesidad del Vivir»—.

¿Sabéis quien es el ser más interesado en que la ignorancia sea el precedente de la sociedad? El amor hecho materia en Mujer; esto es una dominación de la hembra, y una Aurora de Obscuridad. ¡¡Qué contraste!!

Dicen que la Dictadura es una necesidad de la Revolución. Sí; una necesidad de Herencia; por algo vivió la Roma de los Césares esplendorosos.

La mejor poesía de la Vida es el trabajo fecundo.

GERANIOS.

A UN COMPAÑERO CAMARERO

Debo manifestarte que lo expuesto por tí en el artículo que insertaste en REDENCIÓN firmado por *Uno que ve a Alcoy* y dedicado a los camareros en el que cargas a los indiferentes la culpabilidad de nuestro servilismo, es cierto. Mas no son precisamente todos, los responsables de la esclavitud que pesa sobre este oficio, pues la parte de responsabilidad mayor, les corresponde a los que componen la Directiva de la «Victoria». Ellos son los que en vez de dar ejemplo cometen toda clase de bajezas que nos transportan a la edad de la esclavitud vil, limpiando letrinas, escupideras y tiran de la carreta ostentando así mal que les pese, el nombre de bestias de carga.

A pesar de someterse tan incondicionalmente, ha habido algún patrono que ha dicho:—En mi casa desearía tener camareros y no mozos de cordel, pero es su gusto tirar de la carreta y así me ahorro de pagar un hombre más.

Si compañero; aunque no tengo el honor de conocerte te invito a que si-

El Sindicato Unico a sus afiliados

El problema de la educación, es la palanca que determina a los pueblos en su avance progresivo hacia la conquista total de las humanas reivindicaciones. Ella es germen de vida, que constituye la base esencial de la sociedad futura.

Por la educación se capacita el hombre de sus derechos y se abre ante sí un nuevo horizonte que le disipa el oscuro porvenir.

Cuanto más esfuerzos se hagan en bien de la cultura, más cerca se halla la hora solemne que redimirá a los pueblos de su eterna esclavitud, más se acelera el paso hacia el perfeccionamiento moral de la humanidad, y más pronto resplandecerá la aurora que alumbrará al mundo con el resplandor augusto de la inteligencia.

En vistas a esta utilidad y necesidad imperiosa de nuestra educación, invitamos a todos nuestros afiliados y muy particularmente a los jóvenes, acudan a nuestra Biblioteca a leer los libros con los que se favorecerán educándose.

Para dar mayores facilidades a los amantes de la cultura, mediante una pequeña cantidad que se destinará a atender al deterioro de los volúmenes y a la adquisición de las obras que se pidan, podrán nuestros compañeros llevarse los libros a sus hogares, donde con más facilidad atenderán a su enseñanza y a la vez a la de los suyos.

En la Biblioteca están expuestas las condiciones en que se facilitan los libros.

Alcoy a 28 de Mayo 1921.

EL COMITÉ.

A los albañiles

A medida que la despreocupación cunde en nuestras filas, los atropellos se suceden con un desparpajo y despotismo que caracteriza a nuestros estúpidos burgueses.

Cuando mayor es nuestra miseria y más falta hace a nuestros hogares el aumento de salario, más arrean en sus descalabros egoístas.

Y era natural que en primera fila de estos desprevisivos, figurara el hotentote ridículo Benito Martí.

En la obra en construcción de que es uno de los patronos este cachalote neurasténico se ha pretendido rebajar el jornal 1'25 ptas. a algunos obreros.

En esta cuestión no podemos transigir los obreros en lo más mínimo. Nuestro lema debe ser: ni un céntimo menos, ni una hora más.

Que los albañiles respondan todos acudiendo a nuestra organización, si no queremos ser víctimas de la avaricia desmedida de estos malvados burgueses.

Por la Sección de Albañiles.

LA COMISIÓN.

gas propagando en bien de la causa, que no eres tu solo el que quiere sembrar la labor que nos ha de redimir de la tutela capitalista, si no que hay otros que se esfuerzan por que triunfen nuestros anhelos de justicia.

Hagamos por que salgan los faitos de energía de un sueño que les tiene sumidos en la más crasa ignorancia; gritémosles fuerte para que sacuden el letargo y formen parte del ejército obrero, que el Sindicato Unico, donde están nuestros hermanos de infortunio, cobija.

¡Viva el Sindicato Unico!

BRÁS DE FERRO.

Asuntos locales

En Viaducto, 2, (entresuelo) residencia de la docta Agrupación socialista, encontrarán los obreros sin trabajo, la solución de tan agudo problema.

El profesor Borrell reparte cal y brochas para blanquear Alcoy, procedimiento estudiado por la Agrupación Socialista, para exterminar el tifus, los piojos y la miseria. El salario por tan

costosa labor, se percibirá haciendo acto de presencia en las sesiones del Municipio.

¡Oh mollera socialista! Fracasasteis en el taller colectivo en beneficio de unos cuantos vivos; se esfumaron vuestras cooperativas en sentido colectivo para individualizarlas con dos de los mejores de entre los vuestros; y como apoteosis, en la crisis presente nos mandáis a blanquear las casas. Si estuviéramos en vísperas de elecciones, nos aconsejaríais la emisión del sobervano voto, como única salvación.

En un tiempo que vosotros sabéis, era el malogrado Parrilla el víctima de vuestros planes funestos, hoy día sin ninguna duda, lo es y seguirá siéndolo el profesor del tifus. A los socialistas alcoyanos los conocemos, y por eso mismo nos mandaron al bondadoso Borrell, para que asumiera una responsabilidad inmerecida.

Démoslo todo por bien empleado, el proletariado alcoyano les dió lo que se merecían: el desprecio.

Los médicos de la localidad son en extremo demasado filántropos. Los barrios Tosal, Algezares y Carabanchel, no pueden servirlos. ¿Por qué causas? La de tener muchas pesetas, una; la de faltarle vergüenza, otra. Dicen los bondadosos alópatas, que los referidos barrios están muy lejos, y por tal motivo se fatigan. Muy pronto los enfermos que no habitan en el centro de la ciudad, se verán abandonados de toda asistencia médica.

Cumplan los vecinos de Algezares, Carabanchel y Tosal, como aconseja la razón, y obliquen en los casos necesarios, a esos médicos faltos de todo sentido humano al cumplimiento de su deber: el de visitar a los pacientes.

¡Animo compañeros!

«La Voz del Pueblo» órgano de la tña negra de esta localidad, ya hace dos semanas que se preocupa del Sindicato Unico, y de la crisis del trabajo, dejándose ver en sus artículos, mala intención a que son acreedores. No saben a qué obedece la falta de capacidad para solventar esta crisis, y alegan que todos tenemos culpa. ¡Hipócritas! Si no os conociéramos tendríamos un pase lo que decís, pero sabemos donde os cobijais y quienes sots.

La crisis de trabajo se solucionará el día que no haya cíerigos, y desaparezca su cohorte de pancistas. Quien produzca cero que come cero de esta manera vendrá la paz, y a la vez desaparecerían los ladrones del obrero. Entérateos, ¿eh?

Los encargados de las selfactinas de la fábrica de Agustín Soler (la Venta) están dando muestras de ser unos perfectos canallas envilecidos, sin noción alguna de dignidad.

Daremos a conocer sus nombres y domicilios, a fin de que se les conozca y se les pueda preguntar qué entienden por respeto humano; estos son: Modesto Iborra Sanz, calle de San Mateo, 108 y Agustín Carchano Miralles, calle San Miguel, 19.

Estos miserables, se encargan de hacer el poco trabajo que hay, mientras los obreros selfactineros están parados forzosamente, pues, aunque aleguen lo contrario con mil pretextos, nosotros sabemos que, terminar una partida, doblar cuerdas, limpiar el artefacto y empezar otra, no se trata de simples reparaciones como ellos dicen.

A menos que estos lacayos,—particularmente Agustín Carchano, que aún le quedan reminiscencias de socialista—entiendan por lógico que los demás se mueran de hambre para ellos comer excesivamente.